

2003

Tres reportajes radiales

Raúl Gustavo Aguirre

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Aguirre, Raúl Gustavo (Primavera-Otoño 2003) "Tres reportajes radiales," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 57, Article 14.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss57/14>

This Entrevista is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

TRES REPORTAJES RADIALES
Raúl Gustavo Aguirre:
1954

Rodolfo Privitera: *¿Cuándo y cómo se formó el grupo o revista?*

Raúl Gustavo Aguirre: La revista es una obsesión que me asaltó a mediados de 1950 y de la que todavía no pude librarme. El primer número apareció en la primavera de ese año. Expresaba -creemos- la presencia o la voluntad de una poesía, como la definimos alguna vez, “desmantelada”, es decir, una poesía rigurosa, que nada tuviese que ver con la cháchara literaria tan común en nuestro medio. Que significara una aventura y un esclarecimiento, una experiencia y una posibilidad de conocer. La elección de un modo de vivir y no un oficio. En una palabra, queríamos recuperar para nosotros la esencia inmemorial de la poesía, pero a la altura y a la conciencia de nuestro siglo y con el lenguaje de nuestro siglo. Nuestra actitud fue, desde un comienzo, y por ello, combativa, más que por vocación de proselitismo, por representar un rechazo: rechazo de la exhibición del escritor, rechazo por las sociedades literarias, rechazo por las antesalas y por los compromisos, vergüenza, enorme vergüenza, de ser poetas. Y un inmenso deseo de vivir ese amor que es la poesía. A lo largo del camino, muchos se acercaron, vieron y se fueron. Otros permanecieron a nuestro lado. Pero nunca exigimos nada, ni tuvimos estéticas ni normas. No sabemos cómo se hace un poema.

¿Quiénes son sus maestros en la literatura y el pensamiento argentino?

R.G.A.: Esta pregunta es muy difícil de contestar sin equívocos. ¿Qué le debemos por ejemplo a Echeverría o a Sarmiento? ¿Qué a Güiraldes, a Roberto Arlt? Tal vez una conciencia, que nada tiene que ver con ellos en cuanto a lo que podría llamarse “preceptiva literaria.” Pero estamos seguros de que no debemos nada ni a Lugones ni a la generación del 40, nuestra predecesora, ni a ninguno de los ídolos que es necesario reverenciar aquí para tener acceso a las capillas que dominan en las revistas literarias y en los grandes rotativos. El bajo y mísero nivel de la poesía argentina es un hecho desolador, pero es necesario reconocerlo francamente.

R.P.: *¿Qué querrían para poder desarrollarse mejor?*

R.G.A.: Estamos conformes tales como somos y tales como estamos. Tal vez nos harían falta mejores posibilidades de comunicación con el público. Rara vez se nos ofrecen.

R.P.: *¿Cuál es o cuál considera la misión del escritor?*

R.G.A.: Es difícil expresarlo en breves palabras. Tal vez pueda decirse que la misión del escritor en general, es dar la medida del ser humano y que la del poeta, en particular, es dar la medida del amor. Hay algo que no debe ser olvidado: entre los trovadores provenzales del siglo XIII, la palabra “amor” era sinónimo de “poesía.” Esto es muy importante. La poesía es, antes que nada y después de todo, amor. ¿Quién puede creerse o saberse poeta, sin estar dispuesto a vivir fuera de esa entrega de sí mismo que es condición de toda veracidad y de toda clarividencia? La poesía tiende a unir a los seres humanos en relaciones de fondo. Quien no sepa qué son estas relaciones de fondo, ignora también qué es la poesía. De ahí que haya tanta poesía “social” falsa, escrita por literatos, y tanta poesía verdadera, hablada o vivida por el pueblo.

1956

R.G.A.: *Poesía Buenos Aires* surgió en 1950, como iniciativa de un grupo de escritores independientes, es decir, no vinculados ni por su edad ni por su manera de entender su misión, con la llamada “generación de 1940”, cuyos representantes y epígonos dominaban el escenario de nuestras letras, unos desde *La Nación* y *Sur*, y otros desde la prensa de la dictadura. Sentíamos, aunque quizá confusamente en un principio, la caducidad del espíritu que sostuvo aquella generación, un tanto “literaria” y devota de un clasicismo que nos pareció necesario revisar, sobre todo frente a los hechos: la experiencia cotidiana, en primer lugar, y también el conocimiento

de la poesía europea y americana actual, tan importante por su avance y variedad increíbles con respecto a la que conocemos aquí. Por aquel entonces, no teníamos donde publicar: hacerlo en la prensa del oficialismo, era cerrar los ojos al drama que vivía nuestro país, tentación a la que sucumbieron muchos. Quedaban publicaciones que mantuvieron cierta independencia, como *Sur* o *La Nación*, pero con ellas tampoco nos era posible, porque estaban aferradas (como lo están todavía) a una estética que nosotros no aceptamos: formalismo verbal, supuesta metafísica, etc. Debimos, pues, reunirnos y cooperar entre nosotros. Al comienzo, las cosas fueron difíciles y después, siguieron siéndolo, pero la revista pudo salir, y eso es lo importante. Ahora van ya cinco años, veinte números, y más de quince libros publicados por obra de un esfuerzo al que nunca faltó la generosa ayuda de varios amigos. No constituimos una escuela, sino más bien un “espíritu”. Queremos, antes que nada, autenticidad y responsabilidad en lo que se escribe, que la palabra sea vehículo de una experiencia y, también, testimonio de una aventura. Más bien se trata menos de deslumbrar al lector con un prodigio verbal que hacerle ver las grandes posibilidades, el gran valor del hombre. Entre nosotros, a pesar de nuestras afinidades de fondo, se dan gamas y acentos individuales muy diversos. Compárese, por ejemplo, la poesía fuertemente abstracta y verbal de Mario Trejo con la expresión casi cotidiana y sentimental de Rodolfo Alonso, o el estilo que entra decididamente en lo popular de Leónidas B. Lamborghini. Tenemos conciencia de que la mayoría de los hombres no tendrá acceso a la poesía (ni a la antigua, ni a la moderna) hasta tanto no sean liberados de sus ataduras económicas y sociales. Esa es una situación que entendemos y contra la cual luchamos en el plano civil, pero que no podemos subsanar escribiendo “poesía para el pueblo”, así como hay quienes escriben “poesía para niños”. Hacerlo, sería una decisión, no una fatalidad. Y el poeta se encuentra a veces, como escribe Bayley, en situaciones donde su lógica interna sobrepasa incluso sus propias conveniencias.

1966

R.G.A.: Una revista literaria de vanguardia, como lo fue *Poesía Buenos Aires*, no es una institución. No tiene por qué ser eterna, ni siquiera durar noventa y nueve años, como las sociedades en los contratos de comercio. De manera que su “muerte” está implícita en su existencia. Si una revista así no muere como revista, muere por dentro, que es algo peor.

Yo creo, al revés, que si bien *Poesía Buenos Aires* no se publica más, por el contrario no murió, sigue viviendo. La prueba es que todavía se habla de ella, se refieren a ella quienes, defendiéndola o atacándola, no pueden negar su realidad, sobre todo su contribución a que los problemas de la creación literaria se plantearan en nuestro país con la profundidad y seriedad requeridas por las actuales condiciones de la vida en la tierra, de la civilización contemporánea.

Entre las tantas comprobaciones de este hecho, podríamos mencionar por ejemplo la circunstancia de que muchos poetas que hoy son conocidos y aceptados en nuestro país, tales como Dylan Thomas, Henri Michaux, César Vallejo, Paul Eluard, Jacques Prévert, Carlos Drummond de Andrade, etc., fueron defendidos y difundidos desde las páginas de *Poesía Buenos Aires* y de sus ediciones.

Además, nuestra revista complementó su tarea de difusión de la nueva poesía de otros países y del nuestro con una constante labor de esclarecimiento crítico y estético. Todo eso fue positivo: hoy advertimos que entre los años 1950 y 1960, la poesía argentina sufrió cambios profundos. En esa década -la de nuestra revista- se originaron nuevas preocupaciones que hoy vemos salir a la superficie. Nosotros tocamos prácticamente todos los problemas: el de una poesía situada en el tiempo y en el espacio; el de una poesía comprometida, con respecto al hombre y a la sociedad; el de una creación libre en la que el diálogo entre autor y lector se da como algo intemporal. Es decir, vivimos esas contradicciones que hoy vuelven a aparecer, bajo líneas más definidas, quizás. En todos estos sentidos, vemos que el espíritu de nuestra revista sigue perdurando. Por supuesto, ese espíritu no lo inventamos nosotros: existía ya en aquellos que se acercaron a la revista. Ella le dio forma, concentración, definición. La revista pasó, pero los poetas quedan y siguen creando. Si recorremos sus índices, veremos que es una de las pocas revistas que publicó a escritores de verdadera y durable vocación. Todos o casi todos siguen escribiendo. Y esto me parece algo muy importante. Creo que todos teníamos conciencia de la gran responsabilidad que supone el hecho de escribir, conciencia de que ello exige coherencia y lucidez. Tal vez en esto resida lo mejor de lo que pudo enseñar *Poesía Buenos Aires*: que la poesía no es algo improvisado, es una aventura espiritual y humana que requiere valentía e inteligencia, y esto es algo muy distinto que la cómoda fabricación de un lenguaje esotérico o superficialmente ciudadano.

En síntesis, y por las razones apuntadas, yo podría decir, como Santa Teresa de sí misma, pero con respecto a una revista literaria que haya sido fiel a su razón de ser, "que muere porque no muere". Así, por lo tanto, *Poesía Buenos Aires*, en mi opinión, ha muerto de estar viva, que es la mejor manera de morir, no sólo para las revistas literarias, sino para cualquiera de nosotros.